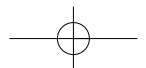
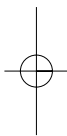
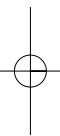
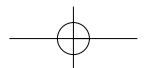
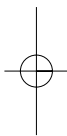
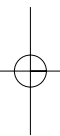


Travesía de Madrid



La angustia
es el vértigo de la libertad.

SÖREN KIERKEGAARD



Al taxista le entregué una moneda de diez duros y me dio la vuelta de cinco. La casa tenía un aspecto polvoriento, pero no decididamente innoble. Anocheceía. Crucé el portal tirando de mi maleta y echando de menos en el bolsillo una moneda de cinco duros que acababa de estafarme el tío del taxi. «¿Al segundo va usted?» Sí, iba al segundo. Y que no estaban las cosas para irse dejando así el dinero, desparramado por los taxis. Muy bajo de forma debía estar yo cuando preferí perder aquellas tan necesarias y tan mías veinticinco pesetas a tener una bronca callejera con el del volante. La portera era negra, blanca y cenicienta. «¿Al segundo va usted?» No había ascensor, claro. Toda la escalera olía al pequeño guiso que estaba preparando la portera en su tabuco. Era una casa de clase media venida a menos. «Allí te vas a hacer el amo», decía Jonás. «Una vieja caprichosa y buena cocina.» Jonás, mal pintor y buen cumplidor con experiencia de viejas así y de sitios así, decía que yo me iba a hacer el amo. Pero el pasamanos de la escalera se iba para los lados con una volubilidad que daba vértigo.

«Sí, aquí es doña Agapita.» Olía a madera encerada y también, un poco, a cena. Pero no sé si era el olor de la cena de la portera o de la cena que estaban preparando en la casa. Unas láminas ovaladas de esas que me ponen triste y aburrido nada más verlas. «Tranquilo sí se debe vivir aquí», pensé. La criada tenía dientes paletos y una cofia demasiado alta y tiesa, como la tiara de un Papa. La sobrina de doña Agapita era rechoncha y sonreía como una monja. «Con éstas no hay nada que hacer. Y la sobrina que-rrá un amor formal para toda la vida.» Jonás me puso las cosas muy claras. «Tú llegas y te dejas querer y dices que tienes representaciones y pasas a ver a la vieja a su alcoba; estará enferma, como siempre.» «Si está enferma, dará poca guerra, digo yo.» «No creas, hay que cumplir.» Creo que rayé un poco la cera del suelo al arrastrar la maleta hasta lo que dijeron que era mi cuarto. Pero no acababa de encontrarme mal del todo en aquel raro sitio que me había proporcionado Jonás.

De modo que un nuevo barrio madrileño —el de Salamanca, esta vez, qué manera de prosperar, qué barbaridad— y una nueva historia y una nueva anciana y... «Bueno, tampoco hay que ponerse así; a lo mejor no es tan anciana.» Claro que, si no era tan anciana, peor. Más sujeción. Y ese tipo se largó con mis cinco duros. También es raro que no haya portero en esta casa. Claro que por qué no ha de haber portero. Estaría en el bar de al lado tomándose un trago antes de cenar, como hacen todos los porteros

de Madrid con portería puesta. Pero si hubiese portero, doña Agapita se arreglaría con él —¿con el portero?; sí, ¿y por qué no?—, de modo que los demás no tendríamos nada que hacer aquí. «¿Madruga usted mucho, a qué hora desea que le llamemos por las mañanas?» Y cosas así. Era pronto para cenar. Me di un peinón ante el espejo y a la calle. «No todo el mundo pasea un rato por Serrano antes de cenar.» El pasamanos de la escalera se bamboleaba como la borda de un barco en día de tormenta. «Mi tía está en cama, un poco pachucha; la verá usted en seguida.»

Las chicas, las señoras, las camareras olían bien por aquel barrio. Vete tú a saber cómo saldrás de este asunto. Lo que hace falta es que la vieja responda. Había grupos de gentes paseando de arriba abajo. Aunque era febrero, los bares y las cafeterías habían extendido sus terrazas en la acera. Los escaparates de las tiendas, ya cerradas, estaban alegres, encendidos. Toda aquella gente parecía, sobre todo, muy tranquila, muy segura de lo que iba a pasar en el mundo al día siguiente, que a lo mejor no pasaba nada.

Había barquilleros que andaban con su quejido de acá para allá, entre las mesas, rozando su carne sucia y suburbial con las telas perfumadas de los de Serrano. Pasaban coches y autobuses. Veremos cómo se portan esta noche con la cena. Claro que eso de la comida no es lo que más me preocupa. En los dos o tres bancos de madera que aún quedaban en aquella calle, unas viejas en zapatillas se contaban chismes de portería. Lo que a mí me preocupa es que la señora suelte su dinero de vez en cuando y pueda uno comprarse cuatro cosas y entrar en los sitios sin andar mirando los precios de reojo. Que ya está bien. Había una perfumada manse-dumbre en aquel paseo de bar en bar. Vivíamos todos un clima de agua de colonia que era una pura delicia. Lástima que no te encuentres más seguro en estos momentos. Vale la pena gozar de tan buena vecindad.

Anduve mirando las piernas a las chicas que paseaban. Acabé por sentarme en uno de los bancos de madera, cerca y lejos de las viejas murmu-jeantes. No vayas a hacer la tontería de sentarte en la terraza de un bar, que luego te clavan y no está la cosa para bromas. Ya has fundido cinco duros esta noche, a lo tonto, más lo que marcaba el taxímetro. Las mujeres de Serrano tienen unas piernas armoniosas. Lo que menos importa es que sean perfectas o no lo sean. Lo que importa es esa seguridad, ese compás, esa elegancia del empuje, ese mimo de la rodilla. Andan como las elegantes yeguas de la escuela española de equitación de Viena.

¿Y dónde has visto tú a las elegantes yeguas de la alta escuela española de equitación de Viena? En el circo, supongo. Y habrá que volver al circo, que es donde van mujeres solas con un niño de la mano. Porque esto de

doña Agapita, me parece a mí que... Son piernas saludables, de colegiala que ha patinado mucho con los patines de ruedas en el patio de las monjas, y luego, un día, de pronto, al ponerse las primeras medias, se encuentra dentro de la media ya puesta y estirada una pierna larga, levemente dibujada, adulta.

Así estaban las cosas. Me puse en pie, porque me daba vergüenza —no sé por qué, si no me conocía nadie allí— de que me viese la gente sentado en el banco de las viejas. Caminé entre aquella gente. Yo podía ser uno de aquéllos. No. Pero no lo era. Anduve entre las frescas melenas, entre los colores extranjeros y los olores caros. Había que subir a cenar. Claro, tengo hambre, estoy sin merendar. En estos casos se suprime la merienda. Para meriendas están las cosas. O ligas algo o te pones a vender periódicos.

Doña Agapita podía ser una solución. Me parece a mí que no. «Te vas a hacer el amo», repetía Jonás. ¿Y por qué se le acabó a él la mina? Quién sabe. Estas cosas se acaban porque se acaban. Seguía oliendo a cena de la portera en el portal, en la escalera, en el pequeño vestíbulo de la casa, de la pensión, de lo que fuera aquello. Pero, decididamente, yo tenía hambre, de modo que me senté a la mesa, solo en mi habitación —«servimos en las habitaciones; es más tranquilo»—, dispuesto a tomarme la cena de la portera con el mismo entusiasmo que se la estaría tomando el gato en la portería, si es que había sobrado algo. A doña Agapita seguía sin verla. En la sopa había trozos de huevo. Cené bastante bien.

El teléfono estaba en el pasillo. Era un aparato muy usado. Uno de esos teléfonos de pensión que el mucho manejo ha ido suavizando. Tenía la rueda dócil y el auricular siempre caliente de la oreja y la boca y la mano de otro señor que había hablado antes, hacía un momento. Junto al teléfono había un cuartito oscuro que uno podía usar a modo de cabina para no molestar en mitad del pasillo o que no le molestasen a uno. Llamé a Jonás para decirle que todo iba bien o que todo iba mal o que todo iba de ninguna manera. Llamé a Jonás porque necesitaba llamar a alguien y porque la avanzada situación del teléfono dentro del pasillo me permitiría echar una mirada a las interioridades de la casa, a la alcoba, quizás, de doña Agapita, a quien ya estaba loco por conocer y de la que sólo me llegaba una voz convaleciente y senil, nada vivificadora para un hombre, por muy cumplidor que éste sea. Pero Jonás ni siquiera estaba en Madrid. Me acosté.

Me acosté pensando que aquel sitio era caro y que si no salían bien las cosas y, sobre todo, si no salían pronto, habría que largarse con la maleta de aquel maldito barrio de Salamanca.

«¿A qué hora ha dicho que desea que le llamemos?» Pero yo no desea-

ba que me llamasen a ninguna hora. La criada de los dientes paletos y la cofia-tiara parecía muy dispuesta a despertarme a una hora fija. Durante la cena había descubierto yo que había en la casa, además, otra criadita, ésta más dulce y femenina, bajita ella, pero llena de sonrisas y timideces. Ambas fámulas dormían juntas en una habitación larga y estrecha como un pasillo que no iba a dar a ninguna parte. En aquella casa no se podía uno dormir pronto, ni por la noche ni a la hora de la siesta, porque el huésped veterano, un chico que iba para ingeniero, el niño bonito y mimado de la pensión, hacía interminables llamadas telefónicas, hablaba de coches con sus amigos a través del auricular, se citaba con chicas, removía a todas las pandillas de Serrano marcando números telefónicos y mezclaba a todo esto sus bromas en voz alta, muy alta, con las criadas que iban y venían por el pasillo.

Era como si todos los de la casa estuviésemos hablando por teléfono con aquellas alegres pandas o con un chico de la carrera a quien había que explicarle una y otra vez que no conviene quemar los coches metiendo a todas horas el acelerador. «Mira, Pancho, te aseguro que no conviene quemar los coches metiendo a todas horas el acelerador.» Y había que esperar pacientemente a que Pancho se diese por persuadido de esta profunda y hermosa verdad.

Mientras iba llegando el día en que la dueña de la pensión diese la cara —la cara y otras cosas, si es que iba a dar o a pedir algo, que aún no lo sabía yo esto con seguridad ni las tenía todas conmigo, ni mucho menos—, descubrí que por un montante del retrete —«Dése usted prisa, por favor, que hay gente sin afeitar»— podía uno asomarse al cuarto de las criadas y mirar lo que hubiera que ver. Claro que el montante estaba muy alto y siempre había cola a la puerta, de modo que no era cosa de empezar a hacer equilibrios encima de una silla para que luego le pillasen a uno asomado al tabique y empezaran los gritos y los sustos y el escándalo y el «largo de aquí, sinvergüenza, que esta es una casa seria y honrada». Quedaba el recurso del espejo, que bien manejado puede ofrecerte del revés lo que desearías ver del derecho.

Un día, sí, probé con el espejo. Por la noche, a última hora. Por la mañana no había nada que hacer, porque las chicas madrugaban más que nadie en la casa y, por otra parte, estaba afuera la cola de huéspedes con sus toallas y sus palanganitas de afeitarse en la mano. De noche, si la casa se quedaba tranquila, podía uno acercarse al retrete en pijama y allí, tomando precauciones de ladrón, sorprender la hora íntima de las criaditas que se acostaban comentando los sucesos domésticos del día. Era una aventura fantasmal que no sé ni cómo salía bien. La criada paleta tenía

espalda de hombre. La otra chica era blanca y mate. Solían apagar la luz en el mejor momento, y lo terrible, entonces, era salir de allí sin armar demasiado escándalo. Ya en mi cama, con el corazón retemblante, pensaba en prepararle al día siguiente una emboscada a la bajita, allí en mi cuarto, y abrazarla a la fuerza y por sorpresa. Pero sabía que no iba a hacerlo. Había que aguantarse las iniciativas. Estamos aquí para trabajar. El dinero se acaba y no sirves para otra cosa. Lo de la emboscada a la criadita no era sino una inocente manera de entretener la imaginación hasta que fuese llegando el sueño a sorprenderla, paso a paso, por la espalda, como pensaba yo sorprender a la doncella.

Otras noches me dormía confundiendo los ruidos de la calle —palmas al sereno, automóviles, llaves girando en cerraduras, el televisor de un bar hablando con acento sudamericano— con los de otras calles escuchados en otras camas, en otras pensiones. Por ejemplo, aquella casa de la calle de la Madera, cerca de la Gran Vía, en cuyo balcón atamos una vez un globo rojo. La pensión de la calle Madera era toda ella un pasillo quebrado con puertas a un lado y a otro.

La pensión de la calle de la Madera tenía los muebles amontonados y unos lavabos de caballeros, colectivos, donde por las mañanas compartía yo el jabón con un oficinista o un viajante. Había que arreglarse temprano y echarse a la calle. Los dueños de la pensión —dos hermanas solteras y un hermano solterón y calzonazos— no querían gente en la casa durante el día. Eran los tiempos de Mari, la rubia y elegante Mari, que se decía hija de un notario.

Eran los tiempos de esperar a Mari en cualquier esquina de la Gran Vía, de madrugada, cuando ella había despachado con el último cliente y nos decíamos que la noche era nuestra, y lo único nuestro era la calle vacía y el último taxi y el amor con sueño y —perdóname, Mari, perdóname, qué le vamos a hacer, a veces te veo de lejos y todavía te miro sin que tú me veas— puede que, por mi parte, con cierto asco. Eran los tiempos de aquel restaurante con chinos y maestros de escuela viudos que habían pedido el traslado a Madrid porque Madrid es otra cosa. (Una larga y estrecha calle abrasada de restaurantes que entrecruzan sus olores como una invisible guirnalda gastronómica y se disparan de acera a acera la chamusquina de sus parrillas, en una guerra apetitosa y un poco repugnante.) Eran los tiempos de la cubana, a la que también había que esperar en la Gran Vía a cierta hora de la noche y del frío.

Los tiempos —ay, qué cosas, que el mundo vuelve a ser, una vez más, un pañuelo— de aquella mujer ancha y dura y bondadosa de Mansilla de las Mulas, la que tenía un apartamento en Duque de Sesto con otra chica

deliciosa que sabía de abortivos y andaba por la casa encerada dándole al encerador eléctrico, vestida sólo con una fresca mañanita que era un sueño de ligera y de transparente y de femenina y delicada. «Pero a ver quién le dice a la de Mansilla que yo me cambio a la de la mañanita, que, por otra parte, se limita a apartarme a un lado para pasar el encerador eléctrico por donde estaban mis pies.» Llegar de madrugada al apartamentito de Duque de Sesto y encontrarse a la de la mañanita dormida de cualquier forma sobre su cama, con la puerta de la alcoba abierta y quizá la lamparita de la mesilla encendida, era una rara tentación que había que vencer.

Palmas al sereno, automóviles, llaves girando en cerraduras, televisores de bares despidiéndose con música. Una muchacha —la de la mañanita— dormía boca abajo en su lecho de soltera por el que habían pasado cientos, miles de hombres oscuros. Todo Madrid se retiraba, como un oleaje viril y sombrío, del lecho blanco y revuelto de la muchacha. La ciudad entera, con aliento de hombre, daba ahora la espalda a esa mujer vencida que dormía y soñaba sueños de la infancia. Madrid entero era una infinita superposición de bidés a media luz y alcobas revueltas y grifos goteantes.

Madrid olía a alcoba de meretriz como antes, a primera hora de la noche, había olido a fritanga y a cena, y antes, durante el día, a Metro, a cafetería, a neumático, a cine, a desinfectante y desinsectante mentolado. Y yo me dormía pensando que aquellas palmas al sereno y aquellos escapes de moto eran los de la calle de la Madera y los de la calle de la Luna. Pero me entraba, un segundo antes del sueño, la angustia de estar en otro barrio, en otra cama, sin nada que hacer al día siguiente, mientras la Mari y la cubana y la de Mansilla de las Mulas debían andar por la Gran Vía o quién sabe por dónde ni si habían existido nunca en algún sitio. Quizá me dormía creyéndome yo la chica de la mañanita a quien los hombres dejaban absolutamente destrozada al cabo del día y de la noche, porque era bonita y porque gustaba. Creyéndome una débil y estafada y femenina criatura.